

aprovecharon nuevas oportunidades, las que proporcionaba el incremento de la demanda de vino o de cereales. Convendría demostrar que los antiguos titulares de mayorazgos no habrían actuado del mismo modo ante estímulos parecidos. La frontera entre el propietario rentista y el empresario agrícola es, a menudo, muy tenue,

como nos recuerda Pérez Picazo, y si aceptamos el carácter empresarial de estos nuevos propietarios de acuerdo con estos criterios, ¿no habría que hacerlo extensible también a estas viejas oligarquías tradicionales?

Juan Antonio CARMONA PIDAL
Universidad Carlos III de Madrid

Nelson LOURENÇO: *Família rural e indústria. Mudança social na região de Leiria*, editorial Fragmentos, Lisboa, 1991, 356 pp., cuadros, gráficos.

Este libro estudia los efectos que la industria instalada en el medio rural provoca sobre la organización existente de la producción y del trabajo. La industria aparece directamente relacionada con la alteración de los usos sociales de la tierra, antes medio de producción dominante, mientras que la posibilidad de salarios estables provoca la reorganización del trabajo en las empresas agrícolas familiares, su monetarización y la consiguiente transformación de sus hábitos de consumo. Del conjunto de transformaciones provocadas por la implantación de la industria en el medio rural, Nelson Lourenço se centra en el análisis de la articulación entre familia e industria, más concretamente, la relación entre industrialización y emergencia de nuevos tipos de familia.

El capítulo I establece el contexto de la investigación, tres pequeñas comunidades rurales junto a la ciudad

de Leiria, en la franja litoral entre Braga, Setúbal y Lisboa, donde se concentra la mayor parte de la actividad industrial portuguesa, una región de transición entre el norte y el sur, el litoral y el interior, rica en población y recursos. Se trata de «tres situaciones diferentes de articulación del espacio rural con la industria» (p. 21), con nombres figurados que garantizan el anonimato de los entrevistados: la aldea de Fábrica representa la industria antigua, la de Colinas la industria reciente, mientras Pinhal es esencialmente agrícola, con industria reciente. El desarrollo industrial de la región de Leiria, basado en los sectores metalmecánico y de plásticos y protagonizado por empresas pequeñas y medianas, data de los años sesenta, pero tiene una tradición de cierta importancia en el XIX: curtidos, destilación, productos resinosos por la explotación de los pinares. A 1891 se remonta la fundación en Leiria,

aprovechando las excelentes margas y calizas de la región, de la Fábrica de Cimentos de Maceira, antecedente del papel desempeñado en la actualidad por la ciudad como centro nacional de materiales de construcción civil.

Se estudia además en este capítulo la evolución, el crecimiento y la estructura de la población, destacándose la posibilidad de trabajo estable (a través del acceso a la tierra antes, del acceso a la industria ahora) como el factor que fija la población local y permite su crecimiento. Donde no existe, las emigraciones se convierten en la clave de las estrategias de supervivencia desarrolladas por las familias (que a su vez se ven transformadas por ellas, en su fecundidad, dimensión, edad del matrimonio y sistema de valores) y caracterizan el comportamiento demográfico de las tres aldeas: Fábrica experimenta un aumento sostenido de población entre 1920-1940 (con una tasa de variación intercensal entre 1911 y 1940 del 48,3), provocado por la instalación del complejo cementero; el impacto desigual de la fuerte emigración de los años sesenta afecta sobre todo a Pinhal, enclavada en la zona forestal que cubre la región, donde la escasez crónica de tierra (la mayor parte de los propietarios residen en la ciudad) provoca una pérdida demográfica constante desde 1911, agravada en los años sesenta (con una tasa de variación intercensal entre 1960 y 1970

de -71,1), que ni siquiera el crecimiento desde los setenta ha podido compensar. Se trata, además, de una emigración familiar, distinta de la de Colinas, zona de minifundio, donde se emigra temporalmente para mantener la pequeña propiedad (las mujeres son mayoría entre los emigrantes, una emigración resultado de sus matrimonios, que les lleva a trabajar a las explotaciones de los maridos).

Especialmente interesante resulta, en relación con la emigración, el análisis de la importancia de los sistemas de transporte en la organización de los mercados de trabajo y de las transformaciones en la educación.

El capítulo II, *Família e sistema de produção*, analiza las transformaciones sufridas por el mercado de la tierra, de oferta escasa, a menudo no pública, en el que los principales compradores son emigrantes que vuelven. La adquisición de tierra es posible a través del ahorro, si hay actividades que lo permiten, como la emigración o actividades no agrícolas. En cualquier caso, el alto precio de la tierra, incluso en la zona más industrializada, no sólo se explica por los usos alternativos al agrícola (urbano) que el comprador actual da a la tierra, sino por la importancia social que aún tiene esta inversión.

La posibilidad de trabajo en la industria o en los servicios transforma el papel de la tierra como medio de producción dominante: en Colinas, sólo el 36,6 de los cabezas de familia

ejercen la agricultura como actividad exclusiva, la mayor parte de ellos como jornaleros, siendo para el resto una actividad complementaria. En Fábrika, la agricultura es ejercida en el 100 por 100 de los casos como actividad «de retorno», tras la vida laboral en la fábrica de cementos, siendo los escasos asalariados mujeres sin marido. En Pinhal, cerca de la mitad de las familias no trabajan la tierra, para el resto es una actividad secundaria. Este carácter residual de la actividad agrícola queda reforzado por la escasa extensión media de las propiedades (que en Pinhal llega a las 0,21 ha.), que sólo permite cubrir el consumo familiar. Lourenço rechaza las interpretaciones que ven en la agricultura a tiempo parcial el inicio de un proceso de proletarización o una fase transitoria en la absorción de la sociedad rural por la urbana, y considera la pluriactividad un fenómeno complejo que expresa la vitalidad y relativa autonomía de los sistemas familiares.

Los cambios provocados por las nuevas posibilidades de trabajo exigen a las familias una reorganización interna, propiciada además por la mecanización del trabajo agrícola y el aumento de la escolarización (que ha hecho descender el trabajo de los hijos). Excepto cuando se instalan fábricas textiles, las nuevas posibilidades de trabajo asalariado son para los hombres, lo que se traduce en una feminización de la actividad agrícola:

en Fábrika y Pinhal, 2/3 de los cabezas de familia tienen como actividad principal la industrial (cementos en Fábrika, pequeñas fábricas de pirotecnia en Pinhal), mientras 2/3 de las mujeres casadas se dedican a la agricultura.

Las familias aparecen estrechamente asociadas a la actividad productiva en el medio rural, pero la interpretación teórica de este hecho resulta confusa: por un lado se afirma que la actividad económica se desenvuelve «en dos espacios sociales distintos... un subsistema compuesto por las unidades económicas familiares» y un segundo subsistema «definido por la participación de los miembros de la familia en las unidades económicas exteriores a la aldea» (p. 63). Un poco antes, sin embargo, se ha definido la relación entre familia y sistema de producción como «la articulación entre los subsistemas social y cultural y el subsistema económico», lo que significa la expulsión de las familias del ámbito de lo económico, y se ha presentado (p. 44) una definición de «población dependiente», que refuerza esta expulsión. El trabajo, por su parte, es interpretado como el mecanismo por el que la familia se relaciona con el medio económico. Aunque resulta fácil deducir que por «medio económico» y «trabajo» debe entenderse aquí mercado y trabajo asalariado, no lo es tanto comprender como esta investigación no ha llevado precisamente a su autor a cuestionar estas

definiciones tradicionales. La confusión, desde nuestro punto de vista, proviene del hecho de que el autor intenta abordar el estudio de la actividad productiva de las familias con categorías que la niegan (como la identificación habitual entre trabajo y trabajo asalariado).

El capítulo III, *Casamento e estrutura dos grupos domésticos*, define el casamiento como un fenómeno particularmente sensible a las transformaciones sociales y económicas, e insiste en que es la estructura de los grupos domésticos, más que su dimensión, lo que revela la organización familiar. Lourenço sigue la ya clásica tipología de Laslett sobre los grupos domésticos, y analiza los cambios en la edad del casamiento, en su universo espacial y en su función.

El capítulo IV, *Família e herança*, está basado en el estudio de 135 casos de herencia extraídos de protocolos notariales de 1900, 1969 y 1984, completados con entrevistas. Se analiza aquí la importancia que adquiere el casamiento en regiones de herencia igualitaria: la reproducción de la posición social familiar, que se ve amenazada en cada generación por la desmembración del patrimonio entre los hijos, pasa a depender de las alianzas matrimoniales. Mientras entre los asalariados agrícolas, el grupo más pobre de las aldeas, hombres y mujeres buscan un cónyuge trabajador, la élite sigue una estrategia más compleja, basada en casamientos cru-

zados entre las familias que la componen, mecanismo que permite recomponer los patrimonios y reproducir la posición social.

Para Lourenço no existe una relación directa entre industrialización y nuevos tipos de familia. Lo que se produce es la coexistencia, en tiempo y espacio, de patrones familiares diferentes, y la permanencia de elementos de la *familia tradicional*. «Los discursos sobre la crisis de la familia, es decir, su desintegración y su empobrecimiento, debido a la disminución de las funciones que ejercía, corresponden más al campo de las ideologías que al del análisis sociológico» (p. 9). Contrariamente a las teorías que ven en la industrialización una capacidad destructiva de los sistemas familiares, la hipótesis de este libro es que, bajo ciertas condiciones, «la implantación local de industrias parece funcionar como elemento estructurador de los espacios rurales y estar en la base de la permanencia de elementos tradicionales de los sistemas familiares» (p. 10).

La fuerza con la que la industria, especialmente la de bienes de consumo, se ha asentado en el medio rural reclama perspectivas que, como la que propone este libro, analicen los efectos de la industria cuando *coexiste* con las estructuras productivas preindustriales. Ello requiere reflexionar sobre las categorías y marcos teóricos utilizados. Y si bien la definición de la familia contemporánea como *insti-*

tución cultural, fuera del ámbito de lo económico, es aceptada por muchos, resulta más inadecuada en este libro, por contradictoria con la realidad que describe. Un libro que es, por

lo demás, extraordinariamente sugerente.

Carmen SARASÚA GARCÍA
 Instituto Europeo Universitario,
 Florencia

Blanca SÁNCHEZ ALONSO: *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Ediciones Júcar, 1992, 168 pp.

Según la autora, «este libro es un hijo prematuro de [su] tesis doctoral». Sin embargo, más que una tesis doctoral aún verde, este volumen constituye un breve trabajo de síntesis, ya que de sus cuatro capítulos sólo el último se basa en fuentes primarias (el resto se apoya en los pocos estudios sobre el tema que existen y en algunas estadísticas extraídas de publicaciones oficiales).

El primer capítulo presenta un «estado de la cuestión» y prueba lo difícil, y ahora sí prematuro, de escribir una síntesis con tan pocos estudios monográficos. La autora comienza discutiendo la historiografía sobre inmigración argentina en general y se centra en uno de sus pocos puntos claramente controvertidos: la cuestión del «crisol de razas» *versus* el pluralismo cultural. El resto del capítulo examina lo poco escrito sobre el caso específico de la situación económica de los españoles y su asimilación en Argentina. Aquí, Sánchez Alonso no menciona el libro de los antropólogos William Douglas y Jon Bilbao sobre

los vascos en las Américas que incluye varios capítulos sobre la Argentina y por lo menos otros ocho artículos sobre inmigrantes españoles en este país. Pero la brevedad y superficialidad de este primer capítulo muestra no un fallo en su autora, sino la falta de un *corpus* amplio y profundo de estudios no solamente sobre el caso español, sino sobre inmigración argentina en general.

El segundo capítulo traza, con brocha gorda, cien años de desarrollo económico argentino a partir de la caída del régimen de Rosas a mediados del siglo XIX. El lector general encontrará aquí un compendio coherente, bien escrito y fácil de digerir. La sección sobre la política migratoria argentina se hubiera beneficiado con una consulta de un extenso estudio sobre este tema específico: Donald S. Castro, «The Development and Politics of Argentine Immigration Policy, 1852 to 1914», publicado en 1991, pero originalmente una tesis doctoral de la Universidad de California en Los Angeles de 1970.